

Marcial Maciel

Ése, nuestro padre

Fragmento de obra teatral

Francisco Prieto

El reconocimiento, en días recientes, por parte del Vaticano del delito de pederastia y otros abusos de Marcial Maciel, fundador de los Legionarios de Cristo, sirve de pretexto al escritor y dramaturgo Francisco Prieto —Ilusiones tardías, Deseo, Lutero o el criado de Dios— para abordar un tema de absoluta actualidad y gravedad: el enfrentamiento de la conciencia católica con sectas que actúan al margen de la ley.

PREFACIO

Algunos narradores y dramaturgos, quizá la mayoría, y me cuento entre ellos, escribimos para ordenar la realidad, para respondernos preguntas de las que no habíamos encontrado respuestas. Narrar es terapéutico porque es nombrar la realidad: la externa, la interior. Poner ambas en situación dialógica. El narrador, como el niño, no requiere de conceptos; necesita poner orden, estructurar, es decir, tener su entorno bajo control. Para mí, lo que no he rehecho, reconstruido desde dentro, carece de consistencia. Creo, además, que podemos afirmar la existencia de una naturaleza humana, que el otro es un *a priori* del yo y que, como escribió Agustín, en el interior del hombre habita la verdad, que creer exige entender y que es necesario entender para creer. Creo, asimismo, en el conocimiento por connaturalidad, un conocimiento no conceptual pero real.

Cuando leí en el diario *La Jornada* los reportajes sobre la doble vida de Marcial Maciel, el fundador de los Legionarios de Cristo, me pregunté, insistentemente, ¿cómo es posible ser persa? Entonces, en 1997, yo era, entre otras ocupaciones, asesor de una fundación inspirada y, de hecho, dirigida por Legionarios. Antes de que me contrataran les pedí que leyeran alguna novela mía pues dudaba que, si conocían mis trabajos literarios sin importar cuál —creo ser el mismo y otro en cada uno, novela o drama—, desistirían de su intención. Me respondieron con una elusiva, que sabían que yo era un buen cristiano y eso les bastaba. No sé si fueron sinceros pero, desde luego, tenían interés de que los acercara a los medios de comunicación. Durante el tiempo que trabajé con ellos, por mi intermediación, publicaron un revista en el diario *Reforma* y consiguieron un programa radiofónico en Grupo Radio Centro. En aquel tiempo yo conducía, junto con Carlos Aparicio, un noticiario en

las mañanas. A raíz de la investigación de *La Jornada* una radioescucha se comunicó conmigo al aire. Perturbada por la noticia y a sabiendas de que yo soy católico, quería, ¡y la entiendo!, tranquilizarse; esperaba que yo le dijera que aquello había sido una calumnia. Le respondí que, en principio, las personas que acusaban a Maciel tenían una trayectoria de vida que las hacía confiables pero que no podía asegurar nada, que investigaría y haría público mi punto de vista.

Al día siguiente, y luego de haber aconsejado a un legionario que esos ataques no se responden si uno tiene la convicción de que no responden a la verdad, lo que me agradecería más de una vez, el mismo sacerdote me dijo algo que me molestó y que me predispuso en su contra. Él me dijo:

Ésa es una jugada de los jesuitas, es un complot de los jesuitas.

Le respondí que los jesuitas no actúan así, que lo dudaba... Pero comencé a investigar hasta que no me cupo la menor duda de que lo que se había publicado sobre Marcial Maciel era cierto. Renuncié a la fundación en enero de 1998 con carácter irrevocable.

“Ése, nuestro Padre” o “Felonía” es un drama producto de un dolor hondo causado por el silencio de la Iglesia, dolor de que postergara la virtud teologal de la caridad al pasar por encima del testimonio de hombres honorables a los que, en plena adolescencia, y en no pocos casos, pre adolescencia, se les había cortado de tajo las ilusiones, se les había marchitado la juventud. Como no soy un escritor documental, como no tengo madera ni de periodista ni de antropólogo, he procurado recrear en mí la mala fe radical de aquellos que pecan contra la autenticidad, contra el espíritu de verdad que, obsesionados por el poder y desde el resentimiento, terminan encarnando al diablo: viven divididos y dividen. Pero lo más grave, y en esto reside la mala conciencia, no alcanzan el valor último de un genio del mal que se asume como tal: si no hay Dios, todo está permitido. Grandeza de Sade y pequeñez, en cambio, de Maciel. Éste es, desde la raíz, un cobarde. Como Luzbel, conocieron el paraíso y blasfemaron. Qué importante que Benedicto XVI dé un nuevo paso para que la esperanza que nos diera Hans Küng, o sea, que podíamos esperar cosas sorprendentes y buenas de él, vaya tomando espíritu y cuerpo.

ACTO II

ESCENA 16

Aparece en la misma cama que vimos antes un hombre viejo, que es aquel joven cerca de treinta años más tarde. Frente a él un sacerdote que lo confiesa.



Hans Memling, *El juicio final*, 1467-1471

VIEJO: Al día siguiente él ofició la misa.

SACERDOTE: Era el domingo de Pascua.

VIEJO: Yo había soñado con Pascua de Resurrección. En esa misa estarían mis padres. No había podido dormir. No tenía con quién hablar, no tenía a quién contarle. Pasaron tantos años para que nos atreviéramos a abrirnos a otros, esos otros que también habían sido victimados, que fuimos traicionados por él y luego por todos los que no nos creyeron, por los obispos, los cardenales y el mismo Papa que nos pisotearon. ¿Cómo es posible que lo hicieran en nombre de Jesús de Nazaret, que ellos, como los comunistas que condenaban, pusieran el fin por encima de los medios, que mintieran para no ceder un ápice de poder, que pasaran por encima de la persona humana, ellos que atacaban a los comunistas en nombre de la sacrosanta persona humana y de su dignidad y del bien común? Eso duele y marca para siempre, padre, ¿porque usted todavía es padre, verdad? Y yo no puedo evitar pensar que si es usted un hombre bueno acabará renegando de todos ellos.

SACERDOTE: El hecho es que vas a morir.

VIEJO: Y he aceptado recibirte aquí en el hospital porque mi hermana me lo pidió y al oír todo lo que me has dicho, he vuelto a aquellos años lejanos en que yo era un poquito como tú. ¿Qué quieres? No sé qué hubiera sido de mí si aquel al que llamé *Mon Père* no me hubiera hecho lo que me hizo. Acudí una y otra vez a su llamado y las primeras veces..., ¿puedes creerme si te digo que yo oraba en las noches dudando si



Dieric Bouts, *La caída de los condenados*, ca. 1450

aquello había sido bueno, si tal era la voluntad de Dios? Me miraba directo a los ojos, me traspasaba con su mirada, me envolvía con su voz y yo me esforzaba por creer sus palabras, que Jesús mismo lo había inspirado. Decía cosas muy bonitas, estaba siempre agradablemente perfumado y... Empecé a fijarme en las muchachas, a soñarlas en las noches, cuando pasaba una a mi lado procuraba retener el olor que dejaba a su paso y en las noches tenía visiones y luchaba por imaginar a esa muchacha desnuda y mis sueños masturbatorios iban de consuno con una confesión: yo le contaba a la niña de mis sueños las cosas que aquel nuestro padre hacía conmigo, que yo ya no quería, que yo sólo quería con ella, entregarme a ella para toda la vida.

SACERDOTE: ¿Y por qué no dejabas el seminario? Perdón, pero no alcanzo a comprender.

VIEJO: (*Llora*) Ésto sólo lo puede comprender el que lo ha padecido. Él, ese demonio, me condenó a la incomunicación. La incomunicación es estar en la nada, es no ser siendo, es vegetar con una conciencia que despierta y que te fustiga y cada latigazo ahonda en la herida hasta que... Yo soñaba con las muchachas, con una muchacha ideal que se concretaba en la hermana de un compañero del que aquel nuestro

padre, yo... Lo supe mucho después porque él hizo creer a cada uno de sus muchachos protegidos que era el único... Yo soñaba con aquella muchacha, yo me derramaba pensando en aquella muchacha, yo necesitaba confesar lo que me pasaba pero entonces me sentía ya irremediabilmente sucio, embarrado en la mala fe que violentaba mi razón. Yo tenía prometido que no iba a confesar lo que hacía con él pero aquello me perturbaba, era como si intuyera una cosa sucia, como sucios eran mis sueños con la mujer, entonces, ¿por qué confesar mis masturbaciones pensando en ella y no mis relaciones con el Padre Fundador? ¡Qué confusión, padre, qué confusión!

SACERDOTE: No te agites. Yo te escucho, Dios está en todas partes, yo creo en Él, yo sé que Él está aquí entre nosotros. No sabes la alegría que me ha dado..., siento que..., no te quiero violentar, pero yo te daré la absolución como si estuvieras haciendo una confesión sacramental, porque Él es el Dios del amor, porque Él ha visto lo que te ha pasado y Él te ama como amó a la oveja perdida. Llorar, sigue llorando, es de hombres llorar.

VIEJO: Él destruyó mi vida. Sí, yo confieso, quizá porque a estas alturas no me queda de otra sino mantener viva la esperanza o, quizá, simplemente, porque tú me has traído el consuelo, ése que creo que llevé a algunos de mis alumnos. ¿Sabes? Él, cuando se cansó de mí, recompensó mis servicios como hombre de negocios que era. Llegué a ser, ¡imagínate!, director de un colegio y luego rector de una universidad. Y redescubrí que me gustaban las mujeres, y me sentía sucio y torpe para las relaciones humanas y alguien al que se le hacía difícil, yo creo que imposible lo que a todos los que no padecieron un calvario como el mío, había sido fácil. Pero fíjate cuán inútil soy, mira cómo aflora esta ideología de clase, ¿quién soy yo para quejarme cuando en el mundo hay criaturas con terribles discapacidades que no tienen el calor de personas que las quieran y les den calor, alimento, alegrías?...

SACERDOTE: Como si lo que tuviéramos que reclamar a Dios no es eso, ni los huracanes ni el estallido de un volcán sino los seres despojados de amor que ni siquiera pueden valerse por sí mismos.

VIEJO: ¿De veras crees?

SACERDOTE: No puedo no asumir su Presencia. Una vez me dije que eso no hace mal, no me daña y ese agradecimiento me ha hecho amar a los demás. Un misterio, eso es todo.

VIEJO: ¿Y él? Me arrancó de cuajo mis ilusiones, me hizo comulgar todos los días con el peso de una mala conciencia, me hizo sentirme un miserable cada vez que ponía alguna penitencia, que reprendía en el confesionario a algún chaval por faltas a la pureza. Me hizo

asumir que yo era un cobarde, que si tuviera honor debería colgar los hábitos.

SACERDOTE: ¡También a ti te frenó el llamado de Dios, esa Presencia!

VIEJO: Para mí esa Presencia es una hija de la gran puta.

SACERDOTE: De corazón te lo pido: ¡no blasfemes!

VIEJO: Esa Presencia era para mí el Maligno. Pienso que si él no me hubiera violado, si no me hubiera seducido, es posible, es probable, es seguro, me dije muchas veces, que yo hubiera sido uno de tantos jóvenes que en el seminario, un día cualquiera se da cuenta que se ha engañado a sí mismo, que no tiene eso que llaman vocación. Pero él me quitó esa oportunidad porque como cualquiera de esos jóvenes que un buen día se da cuenta que lo suyo es otra cosa yo me esforzaba por ser bueno, por sentir que Dios estaba conmigo, lleno de ilusión por ayudar a los otros y con ese orgullo que teníamos los Guerreros de Jesús de ser los hombres que Dios necesitaba en este siglo para el advenimiento del Reino. Yo también, antes de hacer cualquier cosa, al pasar por el patio donde estaba la estatua de Cristo Rey, hacía el saludo romano, yo gritaba *¡Heil, Christus!*, así como lo oyes, en alemán y en latín. ¿Sabes qué siente un joven que se sabe llamado a construir el Reino? (*Estalla en llanto*). ¡Aquel hijo de puta me aplastó! Y yo estaba destinado por él a cumplir las funciones que me había encargado, engañándome a mí mismo, obligándome a creer contra toda evidencia que lo que él había hecho tenía un sentido, pero en los corredores de la escuela, en los de la universidad, en el salón de clases se me iban los ojos por las muchachas y las recordaba luego en la soledad de mi recámara, y luchaba por imaginarlas desnudas y las penetraba y me derramaba en ellas y a la mañana siguiente me lavaba el cerebro, porque aquello era diario, para no tener que confesar lo mismo una y otra vez. Había noches en que no podía dormir del dolor horrible de cabeza, de los latidos del corazón que resentía en las sienes y creía que todo el cuerpo me iba a estallar. Yo me decía que no era pecado porque lo hacía por amor... Ahora veo que el pecado era otro, el que no podía reconocer, que yo estaba de más en el sacerdocio, que si hubiera tenido dignidad, la dignidad que él me quitó, con lo que yo consentí...

SACERDOTE: Cálmate. Sé que es difícil, pero se trata de que vuelvas a escuchar la voz de Jesús. Olvídate ahora de Dios, piensa en Jesús, piensa en el que habló con la Samaritana y con María Magdalena y con María de Betania, el que no permitió que apedrearan a la mujer adúltera.

VIEJO: Fueron años de traición. ¡Años! Pero eso no fue lo peor. Lo peor... Nunca lo confesé a nadie. Yo me enamoré un día, en el despacho... Ella se confesaba

conmigo. Yo la seduje como él había hecho conmigo. Y luego..., luego... (*Llora*). Es que... Cuando ella se fue, aquella noche, como un niño, este hijo de puta que entonces tenía ya cuarenta años, que ese día..., yo estaba orgulloso de haber conocido, por fin, a una mujer, ¡hazme el favor! Ella se podía ir al coño de su madre, todo lo que me alegraba era que, por fin, había satisfecho aquella necesidad, y te juro que me daba pereza hacer una vida con ella. Ella me echó en cara mi cobardía, mis vacilaciones, había que casarse, ¿no? Y nos casamos, pero no pude con la vida de todos los días, no sabía de qué hablar con ella, no me emocionaba, ¿sí?, era como si fuera el objeto que me curó los dolores de cabeza, de esta cabeza calenturienta, de este hijo de la gran puta que de pronto ya era como si no necesitara hacer el amor y seguía haciéndose pajas con mujeres que aparecían en revistas de espectáculos, que había visto, desnudas o casi, en alguna película, que cuando el deseo apretaba, se



La caída de los ángeles rebeldes, salterio de Blanca de Castilla, 1186



Pieter Bruegel I, *La caída de los ángeles rebeldes*, 1562

echaba a su mujer sin saber qué decirle. Ella me puso entre la espada y la pared, me mandó al psicoanálisis, pero yo no tenía ilusión, no tenía fuerzas, a veces ni siquiera alcanzaba a levantarme de la cama. Vivía de lo que me mandaba la familia de Cantabria, era un desecho, un *detritus* y no sabía por qué. Los despojos de Dios nunca saben por qué, todos esos que ves dormir en las calles, que son como gitanos pero que nunca quisieron serlo, y esto es lo terrible, porque si fuera una decisión, un modo de ser... Ella me pidió el divorcio, me mandó a la mierda y yo tuve que darle la razón, yo que le imploré, sin una pizca ya de honor, que se quedara, que me cuidara...

SACERDOTE: ¿Pasaste muchos años en esa situación, vamos, en la indignancia, quiero decir?

VIEJO: Los Guerreros, ya sabes, somos de muy buenas familias. Mi hermana vino de España a ocuparse de mí. El alcoholismo y la depresión, el cáncer luego, y aquí me tienes. ¿Sabes que un día me vino a ver?

SACERDOTE: ¿Quién?

VIEJO: ¿Quién crees? Nuestro padre.

SACERDOTE: ¿En serio?

VIEJO: El que me inutilizó ahora me venía a visitar como si nada me hubiera hecho, como si nada hubiera pasado. ¿Te das cuenta, lo difícil que es que le crean a uno, que nos crean a todos? En mi caso, yo me hago cargo, he sido, objetivamente, uno de esos renegados de los que se puede decir que es un resentido, ¿quién le va a creer a un deprimido, a un alcohólico, a un

cura que deja su orden por una mujer, que se divorcia, que se arrastra por las calles y se vuelve un recogido de la familia? Me consolaba pensando que hubo alumnos que me quisieron, me consuela pensar que acaso a algunos de ellos haya hecho algún bien. Pero, ¿quién me va a creer, quién me va a creer? Y no me vengas tú ahora con que debo perdonar.

SACERDOTE: Es que tienes que perdonar. Sólo el perdón que sale como un torrente del alma alcanza la misericordia de Dios y lava todas las culpas. Isaías, recuerda, nos lo enseñó el profeta Isaías.

VIEJO: Yo era un niño, padre, bueno, casi un niño, un adolescente que quiso ser santo, que a lo mejor no hubiera podido serlo pero qué hermoso que alguien, a m o rosamente, lo desengañara. No hubo amor sino posesión, me rajaron el alma cuando me rajaron el culo.

SACERDOTE: Ese miserable tendrá siempre como trofeo las obras que ha hecho para la grandeza de la Iglesia. Yo había creído siempre aquello de que por sus obras los conoceréis.

VIEJO: ¿Qué obra, padre? Lavar las conciencias de los ricos. Mofarse, en nombre de las clases medias, en los pobres dejados de la mano de Dios. Y yo creía en eso, padre. ¿Cómo puedo perdonar desde dentro cuando en el fondo pienso como él, cuando siento extrañeza de mí mismo por lo que acabo de decir? Nunca tendría el valor de asumir la pobreza, de vivir entre los pobres, ¡nunca!

Pasaron tantos años para que nos atreviéramos a abrirnos a otros, esos otros que también habían sido victimados, que fuimos traicionados por él y luego por todos los que no nos creyeron.

SACERDOTE: Sí, hay que reconocer que has sido poca cosa. Pero, ahora, vas a ver, todo va a cambiar. Nunca es tarde para el Amor de Dios.

VIEJO: Sé que mi vida pudo haber sido de otra manera.

SACERDOTE: Las heridas a los dieciséis años nunca cicatrizan bien.

VIEJO: Nunca.

SACERDOTE: Y él es un hombre triunfante. Ha triunfado sobre muchos adolescentes como fuiste tú. Y en su conciencia pervertida, cada mañana da una misa llena de fervor. Y es recibido en las casas de los ricos, de los obispos y de los cardenales y de los afeminados que ha acogido en su orden adonde quiera que vayan tendrán presente comprarle sus chocolates, sus dulces de leche, llenarle de perfumes y de obsequios. Mimado por todos, protegido por la Santa Madre Iglesia, por los dueños de los medios de comunicación y por todos los incondicionales que no permitirán, aunque duden de su honradez, hacer nada que pueda demeritar a la institución. Irradia un carisma que la mayoría de los Guerreros de Jesús que no son como él, los buenos, que los hay, estoy seguro que de buena fe nunca te creerían..., ni a ti ni a nadie que ponga en duda la santidad de aquél nuestro padre.

VIEJO: Sí, aun los que dudan en el fondo no creen que dudan. Tú no sabes con qué intensidad actúa de cura. Una actuación digna de los actores más grandes, una actuación que él mismo ha hecho sustancia y que se ha vuelto, en alguna medida, verdadera. ¡Si hubieras visto con qué unción consagra! ¡Y quieres que perdone!

SACERDOTE: Nadie es cura impunemente. Nadie sale sin una marca. Yo, también, tengo una fórmula, una fórmula de salvación que puedes hacer tuya: di que lo perdonas pero que tiene que hacerse justicia. Ahora mismo yo te prometo que daré la misa el día de tu entierro, que les diré a todos que tú perdonabas pero exigías que se hiciera justicia, y yo te prometo llevar un expediente a Roma y que el Santo Padre ya no podrá hacer como si toda esta pesadilla no hubiera sido sino un complot de los jesuitas o los inventos de los enemigos de la Iglesia.

VIEJO: No me obligues a ser como él. ¿Cómo puede perdonar aquel al que le quitaron para siempre la alegría,

aquel al que le extirparon la inocencia y no puede ya ser nunca más como un niño? Yo te lo dije y no me preguntaste más, me tiraste a loco, no me creíste, yo te lo dije, que él me vino a visitar.

SACERDOTE: Veo claro: él, también, arrastra una cadena.

VIEJO: Yo no estaba. Yo había ido a la cafetería y, de regreso, lo vi. Me metí en el baño, entonces me dio miedo que él, que no me había visto, entrara al baño también, así que me encerré en una cabina, como si fuera a cagar. Pero sentí alegría y hasta un poco de ternura de que él estuviera allí, que hubiera venido



La caída de los ángeles rebeldes, siglo XIV



Norman, *Guerra en el cielo* (detalle), ca. 1320

a visitarme, a saber de mí. Luego me hice violencia a mí mismo, me dije: ¿cómo es posible que me venga a ver como si nada? Es como un esquizofrénico y la suya una esquizofrenia sin los síntomas que hacen que a otras buenas almas las encierren para siempre en una casa de locos. Pero era un hecho, había ido a padecerme como decís en México, a amansarme por si acaso, con esa puñetera seguridad en sí mismo. Y ahí tienes que mi primera reacción había sido la de un enamorado gilipollas.

SACERDOTE: ¿Supiste más? ¿Te esperó mucho tiempo? ¿Qué te contó la enfermera? ¿O, acaso, saliste del baño y lo confrontaste?

VIEJO: Abrí la puerta del baño media hora más tarde y temblando del miedo. Fui caminando hacia mi cuarto sigilosamente, recargado contra el muro. Pegado a la puerta, miraba furtivamente para asegurarme que él no estuviera ahí, tanto era mi miedo. Vi que la enfermera estaba sola y entré. Ella me dijo, el sacerdote tal lo vino a visitar, dice que le hable, me dejó sus datos, que estará en la ciudad unos días más. Ah, mire, le traje esto. Y la mujer levantó de la mesita de noche una caja de chocolates y un jarroncito con

una rosa roja y un relicario con la Virgen de Guadalupe. ¡Hijo de la gran puta! ¿Y sabes qué le dije a la enfermera? Que se llevara todos esos regalos, que nunca dejara pasar a ese hombre a mi cuarto, que se cuidara, que era un zorro, un hombre muy malo. ¿Te das cuenta, padre? Yo era un niño otra vez frente a él. (Estalla en una carcajada dolorosa.) Arruinó mi vida, ya ves, moriré dentro de pocos días, yo lo sé, y ni el consuelo de haber llevado a buen puerto alguna cosa.

SACERDOTE: Yo te prometo que oficiaré la misa en la funeraria. Yo te prometo que haré llegar al Papa todas las cosas que me has contado, todo el expediente que tus compañeros pondrán en mis manos pero tú, tú, prométeme que perdonarás.

VIEJO: Di ese día en la misa, padre, que yo perdono pero que exijo al Papa que se haga justicia.

SACERDOTE: Prometido. ¿Aceptas la absolución aunque sea con unas miguitas de Fe?

VIEJO: ¿Dios perdonaría a este viejo doblemente canchero?

SACERDOTE: Recita conmigo, pensando y repensando cada oración, un padrenuestro. Ahí está la respuesta. (*Oscuridad.*) **U**